

La misión de Jesús se prolonga en la de sus propios enviados, los Doce, que por esta razón se les da el nombre de Apóstoles. Han de predicar el Evangelio y curar (Lc 9,1s.), que es la misión personal de Jesús. Para realizar esta misión, los Apóstoles realizan esta tarea gracias a la fuerza del Espíritu Santo, puesto que “el Paráclito, el Espíritu-Santo, que el Padre enviará en mi nombre os enseñará todas las cosas” (Jn 14,26; cf., 15,26; 16,7). En este contexto se sitúa Pentecostés como manifestación inicial de esta misión del Espíritu que durará todo el tiempo que permanezca la Iglesia (Ac 1,8). La misión es pues una tarea que incumbe a toda la Iglesia en virtud de su carácter esencial, es decir, en tanto que es comunidad de salvación de Cristo, y en virtud de su lugar en la historia de la salvación, situada como está entre la ascensión y la parusía final. De ahí que su catolicidad sea una expresión de esta misión esencial y universal que le es propia. Por esta razón, toda situación del mundo que aparezca como un desafío a su catolicidad se convierte por sí misma en una llamada irresistible a la misión.

El fin de la misión de la Iglesia viene bien sintetizado en uno de los textos más profundos del AG donde aparece la dimensión cristocéntrica, eclesiológica y escatológica: “La actividad misionera es, en última instancia, la manifestación del propósito de Dios o epifanía y su realización en el mundo y en la historia, en la que Dios, por medio de la misión, perfecciona abiertamente la historia de la salvación” [nº9]. De ahí deriva claramente la necesidad de la Iglesia para la salvación y su función en la historia de la salvación, puesto que “aunque Dios, por los caminos que él sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el evangelio, incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad, a la vez que el derecho sagrado, de evangelizar, y, en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad” [nº 7].

Los ejes vertebradores de esta misión de la Iglesia en el mundo, en este momento histórico (“contexto”) son los siguientes:

- 1) *el eje cristológico* : la teología de la cruz y del misterio pascual.
- 2) *el eje antropológico*: la atención al hombre, a su historia, a su cultura.
- 3) *el eje dialogal*: el diálogo con las religiones no cristianas y los no creyentes.
- 4) *el eje diaconal*: su misión al servicio de los pobres, los oprimidos y los marginados.

En esta opción preferencial, que no debe entenderse como exclusiva, brilla el verdadero espíritu del Evangelio.

Estos son los presupuestos de esta obra, que, después de una mirada a la Sagrada Escritura, continúa con una historia de la misión y de los modelos de misión a lo largo de la historia. La tercera parte ofrece claves concretas para pensar y desarrollar hoy esta misión eclesial: la participación en el misterio trinitario, la misión como un servicio liberador y un anuncio de Jesucristo y finalmente, a nuestro modo de ver, el más original y el más interesante, la misión como diálogo profético.

La teología de la misión o Misionología, se ve enriquecida con esta obra. El prólogo de la edición española, a cargo del Prof. Eloy Bueno de la Fuente, avala esta obra y habla de su gran importancia en el marco de la lengua española. Sin ánimo de crítica, tal vez le sobre a este libro el Prólogo a la edición inglesa.

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ MENES